BANANOS Y HOMBRES

En las zonas bananeras tiene más valor un racimo de bananos que un hombre.
CARMEN LYRA

IV.—Río arriba

La lancha EL PARISMINA remonta el río en su viaje semanal. Ha salido a medio día con todo el sol. Trae un cargamento de cacao y unos cuantos pasajeros, entre los cuales viene una familia que emigra a otra finca; el hombre de edad indefinible, seco, alto, encorvado; el clima ardiente, el paludismo y el alcohol lo han retorcido como retuerce el fuego una rama verde. La mujer y los chiquillos, seres anémicos, raquíticos, hinchados; estos niños que no han probado más leche que la materna. Emigran con todo su haber: unas ollas negras y unos trapos dentro de sacos de gangoche. Viene también el jefe del Resguardo a quien acaban de nombrar, sobrino de una amiga de la mujer con quien vive uno de los ministros de Estado; es un joven de San José con cara de comemaíz, criatura inútil que lo único que ha aprendido es a bailar muy bien y a beber. Su zapato bajo, sus medias de seda rayadas; su charla insustancial y su pelo peinado para atrás como los intelectuales cursis, desentonan entre aquella gente silenciosa que lo mira como se pueden mirar unos aretes, un collar o cualquier otro adorno de joyería barata en las urnas de los comisariatos.

El gris del cielo es para la mirada una lámina dura de metal caliente. Dijérase que los émbolos y las válvulas del viejo motor de la lancha, han cogido a patadas el silencio espeso que oprime el paisaje como una pesada capa de hule caliente.

Sube lenta la lancha sobre el lomo del río amodorrado. En las riberas, cañuelas, palmas, maraña insolente, bananales y cacaotales. Los cacaotales ponen sobre la monotonía del verde, la nota de sus hojas rosadas; sus frutos amarillentos penden como senos alargados de mujer que ha amamantado mucho. Esta vegetación lujuriosa embriaga la vista. Bajo la tierra las simientes se abren para dar a luz: se adivina su inquietud fecunda. Los brotes asoman a flor de tierra, dispuestos a luchar para abrirse paso; tratan de ahogarse mutuamente, se arrastran, se enlazan, suben estrangulándose, Los más fuertes se empinan y aplastan a los otros y cuando logran subir, el fuego del sol o la tenacidad de la lluvia salen al encuentro de su triunfo y lo adormecen.

De cuando en cuando un lagarto que dormita al sol o un rancho cuyo techo de palma parece abrumado por el calor. A menudo, frente a estas habitaciones hay cuerdas tendidas con tasajos de carne de chancho de monte que se secan al sol. De los suràs de tronco blanco y elevado penden mechones de una vegetación negruzca, fibrosa y vaga que se convierten dentro del cerebro adormilado, en los jirones del silencio de esas soledades desgarrado por los golpes del motor de la lancha.

El Parismina es una lancha vieja que anda con las entrañas al aire. Las entrañas son este motor viejo de cinco caballos que produce un ruido infernal, de piezas cubiertas de un húmedo siniestro y cuyos movimientos hacen temblar la carne de los pasajeros; las mejillas sonrosadas del jefe del Resguardo se agitan de un modo que da risa. Debajo del motor asoman las costillas negruzcas de la embarcación entre una agua verdosa. El piloto que es un negro y el maquinista, hacen juego con este motor viejo, cuyo brillo y vanidad han quedado perdidos en las aguas del Reventazón y de los Caños. El maquinista Pancho Sandino, hace, cinco años trabaja en esta lancha y como veinte años de vivir por estas remotidades. Es de Puntarenas. Lo mismo que a la Estefanía, la vida lo arrastró hacia estos lados, como la corriente de los ríos arrastra esos palos que uno ve pasar flotando. Cuenta que por todas partes por donde ha pasado, ha dejado hijos. El dice que hay que sembrar la semilla. Viene sentado en el piso de la embarcación, junto al motor fuma y fuma en su pipa negra y tosca. Casi no quita la vista del motor. Con los ojos cerrados podría decir el lugar de cada tornillo, llave, cilindro, tuerca. Si no fuera porque de cuando en cuando parpadea sus ojillos verdes se le podría tomar como un utensilio indispensable para la marcha del motor como la aceitera que se encuentra a su lado. Cuando lleva turistas por los Caños del Tortuguero, ni siquiera levanta la cabeza al oir las exclamaciones de éstos ante la maravilla del espectáculo. Hace veinte años está viendo la misma cosa...

Hay que recoger pasajeros en la hacienda Santa María. La lancha se acerca al pequeño puerto protegido por un grupo de cativos.

Se embarcan: un preso custodiado por dos guardas, unas mujeres jóvenes con paludismo y sífilis, que van para el hospital de San Juan de Dios en San José y un hombre que lleva el mismo rumbo, acompañado por una mujer menuda con cara de hormiga. Este hombre se ha golpeado terriblemente el pecho y una pierna al cargar bananos en un lanchón de la finca. Casi no puede respirar ni enderezarse y tiene la pierna terriblemente hinchada y amoratada. Cuando se golpeó nadie le hizo caso, precisaba cargar la fruta, y después el dueño de la finca no tuvo tiempo de ocuparse del asunto. ¿Acaso los hombres enfermos cuentan en las fincas de banano?

El Hospital de San Juan de Dios en San José es un desaguadero de toda esa gente palúdica, tuberculosa y sifilítica que sale de las fincas en donde se produce el banano que es según los yanquis al servicio de la United Fruit Co., versados en dietética una nutritiva golosina, En el hospital, la hermanita de la caridad encargada de las enfermedades venéreas inyectará Salvarsán a las pobres muchachas de piernas llagadas que entran en la embarcación. Y la virgen del Señor les echará en cara su liviandad al ver la mueca de dolor de las míseras al sentir la aguja hipodérmica introducirse con piadosa saña en la carne pecadora. Eso sí, no las curará los domingos ni días de fiesta religiosa por tratarse de enfermedades relacionadas con el pecado.

El peón que parecía un santo

Un día llegó a la finca Santa María Ignacio Parrales, un peón oriundo del Guanacaste. Unos treinta y cinco años lo más, regular estatura, delgado, cenceño, ojos oscuros que se quedaban mirando con tan apacible serenidad, que uno sentía

Continúa en la página 3

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.